

Segunda parte de *El verano en que me enamoré*

UNA SERIE
ORIGINAL
DE
prime

NO HAY VERANO SIN TI

JENNY HAN



booket

Jenny Han

No hay verano sin ti

Trilogía El verano en que me enamoré 2

Traducción de Marta Becerril Albornà



Capítulo uno

2 de julio

Era un cálido día de verano en Cousins. Yo estaba tumbada junto a la piscina con una revista en la cara. Mi madre se entretenía jugando al solitario en el porche de delante, y Susannah se encontraba dentro, trajinando por la cocina. Seguro que saldría pronto con un vaso de té helado y un libro que recomendarme. Algo romántico.

Conrad, Jeremiah y Steven habían estado haciendo surf toda la mañana. La noche anterior hubo tormenta. Conrad y Jeremiah regresaron los primeros. Los oí antes de verlos. Subían la escalera bromeando sobre cómo Steven había perdido el bañador por culpa de una ola particularmente violenta. Conrad se acercó a mí con aire decidido, apartó la sudada revista de mi cara, sonrió y dijo:

—Tienes palabras en las mejillas.

—¿Qué dicen? —pregunté entornando los ojos.

Se puso en cuclillas junto a mí y respondió:

—No está claro. Déjame ver.

Y entonces me miró el rostro detenidamente con su tí-

pica expresión seria. Se inclinó y me besó; sus labios estaban fríos y salados por culpa del océano.

En ese momento, Jeremiah comentó:

—Buscaos un hotel.

Pero yo sabía que estaba bromeando. Me guiñó el ojo, se acercó por detrás, levantó a Conrad y lo lanzó a la piscina.

Jeremiah también se tiró y gritó:

—¡Vamos, Belly!

Así que yo también salté. El agua estaba perfecta. Más que perfecta. Como siempre, Cousins era el único lugar en el que deseaba estar.

—¿Hola? ¿Te has enterado de algo de lo que acabo de decir?

Abrí los ojos. Taylor me estaba chasqueando los dedos en la cara.

—Lo siento —respondí—. ¿Qué decías?

No estaba en Cousins. Conrad y yo no estábamos juntos, y Susannah estaba muerta. Nada volvería a ser igual. Habían pasado... ¿Cuántos días habían pasado? ¿Exactamente cuántos días? Dos meses desde que Susannah había muerto, y yo seguía sin poder creerlo. No podía permitirme creerlo. Cuando muere alguien a quien quieres, no parece real. Es como si le ocurriese a otro. Es la vida de otro. Nunca se me ha dado bien la abstracción. ¿Qué pasa cuando alguien se ha ido de verdad, para siempre?

A veces cerraba los ojos y repetía una y otra vez dentro de mi cabeza: no es verdad, no es verdad, esto no es real. Ésta no es mi vida. Pero lo era; era mi vida ahora. Después.

Me encontraba en el patio trasero de Marcy Yoo. Los chicos estaban haciendo el tonto en la piscina y las chicas permanecían tumbadas en las toallas de playa, todas en fila. Marcy era mi amiga, pero el resto, Katie, Evelyn y las demás, eran más bien amigas de Taylor.

Ya estábamos a treinta grados, y sólo era mediodía. Iba a ser un día caluroso. Estaba tumbada boca abajo y sentía el sudor acumulándose al final de la espalda. Sólo estábamos a 2 de julio y ya contaba los días que faltaban para el final del verano.

—Te preguntaba qué te vas a poner para la fiesta de Justin —repitió Taylor. Había extendido nuestras toallas una al lado de la otra, así que era como si estuviésemos en una sola toalla gigante.

—No lo sé —contesté, dándome la vuelta para quedarnos frente a frente.

Tenía gotas de sudor diminutas en la nariz. Taylor siempre empezaba a sudar por la nariz. Dijo:

—Yo me pondré el vestido de tirantes nuevo que compré con mi madre en el centro comercial.

Volví a cerrar los ojos. Llevaba gafas de sol, así que Taylor no podía distinguir si los tenía abiertos o no.

—¿Cuál?

—Ya sabes cuál, el de lunares diminutos que se anuda al cuello. Te lo enseñé hace unos dos días.

Taylor soltó un pequeño suspiro de impaciencia.

—Ah, sí —contesté, pero seguía sin acordarme, y sabía que Taylor lo había notado.

Empecé a decir algo más, algo agradable sobre el vestido, pero de repente sentí aluminio frío como el hielo pegado a la nuca. Chillé y ahí estaba Cory Wheeler, agachado a

mi lado con una lata de coca-cola goteando en la mano y desternillándose de risa.

Me erguí y lo fulminé con la mirada mientras me secaba el cuello. Estaba harta de ese día. Sólo deseaba marcharme a casa.

—¡Pero qué narices, Cory! —Él seguía riendo, lo que me hizo enfadar aún más—. Por Dios, eres tan inmaduro.

—Pero si parecías muy acalorada —protestó—. Sólo intentaba refrescarte.

No le respondí; me seguí restregando la nuca. Sentía la mandíbula muy tensa y notaba las miradas fijas del resto de chicas. Y entonces, la sonrisa de Cory desapareció y dijo:

—Lo siento. ¿Quieres la coca-cola?

Negué con la cabeza y él se encogió de hombros y se refugió en la piscina. Eché un vistazo y vi que Katie y Evelyn ponían cara de pero-qué-le-pasa, y me sentí avergonzada.

Ser cruel con Cory era como ser cruel con un cachorro de pastor alemán. No tenía ningún sentido. Demasiado tarde, intenté llamarle la atención, pero no me devolvió la mirada.

—Era sólo una broma —dijo Taylor en voz baja.

Volví a tumbarme en la toalla, esta vez boca arriba. Inspiré profundamente y espiré con lentitud. La música del iPod de Marcy me estaba provocando dolor de cabeza; estaba demasiado alta. Y tenía mucha sed. Debería haber aceptado la coca-cola de Cory.

Taylor se inclinó y me levantó las gafas de sol para poder mirarme a los ojos. Me observó fijamente.

—¿Estás enfadada?

—No. Lo que pasa es que hace mucho calor aquí fuera.

Me sequé el sudor con el antebrazo.

—No te enfades. Cory no puede evitar comportarse como un idiota contigo. Le gustas.

—No le gusto —respondí, apartando la vista. En realidad sí que le gustaba, y lo sabía. Pero deseaba que no fuese verdad.

—Lo que tú digas. Pero está completamente colgado de ti. Sigo pensando que deberías darle una oportunidad. Te distraerá de ya-sabes-quién.

Volví la cabeza y dijo:

—¿Qué te parece si te hago una trenza de espiga para la fiesta de esta noche? Puedo trenzarte la parte de delante y sujetarla a un lado, como la última vez.

—Vale.

—¿Qué te vas a poner?

—No estoy segura.

—Bueno, tienes que estar guapa porque todo el mundo estará allí —prosiguió Taylor—. Vendré temprano para que podamos arreglarnos juntas.

Justin Ettelbrick celebraba una gran fiesta de cumpleaños cada mes de julio desde octavo curso. En julio, yo ya estaba en Cousins Beach, y mi casa, la escuela, y los amigos de clase quedaban a un millón de kilómetros de distancia. Nunca me había importado perdérmela, ni siquiera cuando Taylor me habló de la máquina de algodón de azúcar que sus padres alquilaron un año, ni cuando lanzaron fuegos artificiales sobre el lago.

Éste iba a ser el primer verano que estaría en casa para la fiesta de Justin, y también, el primero que no pasaba en Cousins. Y eso me importaba. Me dolía. Creía que iba a pasar en Cousins todos los veranos de mi vida. La casa de

verano era el único lugar en el que quería estar. Era el único lugar en el que había deseado estar.

—Irás, ¿verdad? —me preguntó Taylor.

—Sí, ya te dije que iría.

—Lo sé, pero... —Taylor arrugó la nariz y se interrumpió—. Olvídalo.

Sabía que mi amiga esperaba que las cosas volviesen a la normalidad, que fuesen como antes. Pero nunca serían igual. Ya nunca volvería a serlo.

Antes tenía fe. Creía que si deseaba algo lo suficiente, si lo deseaba con todas mis fuerzas, todo saldría como quería. El destino, como solía decir Susannah. Deseé a Conrad en cada cumpleaños, cada estrella fugaz, cada pestaña caída, cada penique en una fuente estaba dedicado a la persona a la que amaba. Creía que siempre iba a ser así.

Taylor quería que olvidase a Conrad, que lo borrara de mi mente y de mi memoria. No dejaba de repetir cosas como:

—Todos tenemos que superar nuestro primer amor, es un rito de madurez.

Pero Conrad no era simplemente mi primer amor. No era ningún rito de madurez. Era mucho más que eso. Él y Jeremiah y Susannah eran mi familia. En mis recuerdos, los tres siempre estarían ligados, unidos, entrelazados. No podía haber uno sin los demás.

Si olvidaba a Conrad, si lo expulsaba de mi corazón, si fingía que nunca estuvo allí, sería como hacerle lo mismo a Susannah. Y eso no podía hacerlo.